

(Viene de la página 1)

valle. De su brazo vegetal nacen las flores. "Las variadas flores —dijo el poeta anónimo— son tu corazón y tu cal." Cuando la tierra se vuelve verde y el sol ilumina los senderos, al borde de los caminos, junto a las paredes de las chozas, aprisionadas entre los terrenos, crecen las campánulas, el pasto de mariposas, el cenocropi, la tana escarlatina. Todo es mundo que alivia, daña y alimenta tiene en el dorado Tlaolli su perfecta primavera. En un instante, el colibrí se detiene en el viento y bebe en las corolas. Es una tierra de milos. Por esos sitios anduvo Quetzalcoatl en su camino hacia el mar. Miguel ha pintado su símbolo y los colores que recubren a la serpiente son los mismos de aquel arte plúmbeo que volvía amarillos los grises para entrelazarlos con los rojos y los azules, los verdes y los blancos. Cuando su fauce se abre hacia el cielo, ya es otra dimensión y otro mundo. Aquí intervienen los elementos que han hecho de un nombre indígena —Tonantzintli— un capítulo de la astronomía contemporánea. De la galaxia de "Los perros de casa", parte una luz extraña que se vuelve rosada en el vientre de la tierra; azul y violeta en el espacio; allí la espera el misterio de la "Cabeza de caballo". En el fondo, el cono del volcán señala el horizonte.

Pero sería obra inacabada si no tuviera las figuras humanas de un hombre y una mujer. Los ojos del hombre son dos órbitas atentas

EL MURAL DE TONANTZINTLI



a ese cielo que se descubre inmenso desde esta obra. Sus brazos terminan en dos puños que representan el rigor, la disciplina, el esfuerzo constante de los astrónomos, a cuya vocación y trabajo se debe la conquista y la herencia olvidada: la ciencia empírica de los observadores indígenas.

La tierra, el mito, las flores, el cielo y el taro de la ciencia, constan en este muro limitado por dos grandes ventanas, desde cuyos cristales es posible ver ese paisaje pródigo en símbolos y en historia.

Cuando nos reunimos para ir a Miguel Prieto leer sus conmovedoras frases en las que hacia entrega oficial de su pintura a nuestro país, nos suponamos que iban a provocar el nuestro ánimo un sentimiento de gratitud y reservas. Hace trece años llegó a México. Él pertenece a esos españoles cuya obra se ha vinculado a las mejores empresas mexicanas. Lo ha donado a la Universidad y por esto su obra es idéntica en su calidad a la que en las catedras y en los libros han entregado los maestros españoles.

Es una pintura en la que predomina la poesía porque Miguel es, esencialmente, un hombre bueno. Ejercicio difícil en nuestros tiempos. Él ha visto una parte de México, quizá la más entrañable, como sólo es posible entenderla entre tantas contradicciones sin término previsible: como un objeto de belleza.

Señor Rector:

DOS momentos embrazosos ha habido para mí en la historia de este mural. Uno, cuando mi entrañable amigo don Guillermo Haro me ofreció este muro para que realizase en él una pintura según mi saber y entender, y a otro cuando celebramos ahora, en que su ilustre personalidad y su excelente apreciación del arte, junto a la de tan significadas personas como nos acompañan, prestan una atención y un interés por esta obra de escasa significación en el orden de los valores estéticos.

Hará cosa de un año y medio que visité por primera vez este observatorio. Venía con la intención de pasar aquí unas breves horas, y me quedé cinco días con sus cinco noches, esas singulares noches de Tonantzintli. En él encontré unas personas jóvenes, extrañas, ordinariamente apasionadas por su trabajo, sencillas y cordiales, profundas para la amistad, como profundo es el misterio del infinito que escudriñaban.

PALABRAS DE
MIGUEL PRIETO
AL OFRECER SU MURAL A LA UNA

Recién llegado yo a México, frecuentaba algunos lugares por razones de mi trabajo. En ellos solía ver alguna vez al señor Haro. Era atraído mucho su aire de solitario, quizá porque

yo también lo era y sigo siéndolo; encontraba, dentro de su manifiesta expresión de bondad, una como angustia, una inquietante ansiedad que interrogaba los secretos más hondos de su

patria. Yo venía de las cumbres más altas de la tragedia. Había perdido temporalmente mi patria y su independencia. Lo dramático de esta lucha me hizo más sensible a los dones de la paz. Por esa elevación que da el sufrimiento y por ese deseo de vivir que da la tierra quemada en torno, golpeándonos en los ojos son la destrucción y el horror, se me hacía urgente andar a las tareas de la creación artística para dar una salida a la pena. Con un vacío absoluto como un universo deshabitado, llegué al costo de vuestra patria, y mostrándome como soy, concebí la esperanza de encontrar los caminos que conducen a vuestros corazones.

Sobre esta luna lemos vuestro a confrontar nuestra ansiedad. Guillermo es hoy una personalidad internacional en la astronomía; yo he accedido con un pequeño mensaje de la pintura un pequeño que me he atrevido a mentar. Sin embargo, señor Rector, yo le ruego que acepte lo que esta pintura tenga de mi amor, de digno y legítimo, como muestra de mi amor a México.

la
ADIVINANZA
germen
de poesía

Los poetas son hombres; que han conservado sus ojos de niño.

DAURAT

DE las muchas costumbres que se mentaban en el hogar mexicano de antaño, en las veladas y en las conversaciones de salote, ya venían borrándose, sobre todo en la metrópoli —porque en provincia es frecuente observarlas—, la usanza ingeniosa, educativa —y en muchos aspectos artística— que aviva la imaginación infantil con juegos de palabras, acertijos y adivinanzas.

No obstante, es curioso ver todavía, situados en los portones de los mercados modernos, en días de feria, a mozaletas que pregonan en voz aguda y alegre, cuartetas, disticos y tercetos, que hacen palmitear en el aire dolos y resespones, sonidos chispeantes, figuraciones de objetos coloridos y sonoros. Luego, el mozalette ofrece a los compradores que transitan —muchachas, sirvientas de rostros morenos y rojos de salud; señoras quincañeras; señoras acompañadas por sus niños, y mozaletas que sirven en las residencias cercanas— brevísimos impresos en anónimas impresoras, hechos en pliegos de papel toco, empastados en papel de china; verdes, solferinos, amarillos. Y allí están encerrados un sinnúmero de acertijos y adivinanzas, que recogen las manos fuertes y anchas, las infantiles, las esofocas manos de la madre juvenil, y pronto, en los atardeceres y por las noches, se animan las bulliciosas camaraderías de niños y



El Rector Nabor Carrillo, el doctor Guillermo Haro, Director del Observatorio de Tonantzintli y el pintor Miguel Prieto en el momento de ofrecer este su mural a la Universidad.

de jóvenes, de sirvientas todavía ingenuas y añorantes de sus pueblos y de sus rancherías. Y no solamente las gentes sencillas, limpias de pecado por el trabajo que las consume y al propio tiempo las engrandece, también los estudiantes, los observadores de los hábitos y los usos populares; los artistas con el sentido atento a ritmos y melodías, a ideas y senti-

mientos; los periodistas y los escritores de costumbres, se requejan, acuden y renuevan la cotidiana abstracción, el aislamiento y el estudio árido, y muchas veces vacío y sin perspectivas. Precisamente, ya son bastantes los escritores que han dejado preponderar en sus relatos y se han preocupado por desentra-

ñar el valor espiritual de tales manifestaciones del ingenio mexicano. Hace más de un siglo que Fernando Orozco y Beza, Marcos Arroyo y Francisco Zarco animaban en *La Ilustración Mexicana* —revista de recordación meritoria— nutridas columnas con estampas costumbristas, que han dejado el modo de pensar, de vivir y de hablar que tenían los compatriotas de aquel entonces; Ignacio Ramírez también dedicó gran parte de su trabajo literario a describir los tipos que lo rodeaban, y fue uno de los más entusiastas colaboradores de esa serie de publicaciones y escritos que en su época se nombraron genéricamente: *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Vicente Riva Palacio, Altamirano, Guillermo Prieto, Cuéllar, han dejado el caudal de su observación y de sus opiniones; más tarde, la crónica de Gutiérrez Nájera, y la novela —la maestra— de la prosa aguda, detallada de "Micróis"—acentuaron esa vitalidad del escritor mexicano; por observar a su pueblo y consignar en sus trabajos las modalidades variadas y pintorescas de su ser.

Han venido a referencia todos estos nombres, que son antecedentes de la curiosidad que en nosotros despierta un cenituario acerca de las adivinanzas mexicanas, de los folclóricos acertijos que nos inquietan, nos estimulan y nos "hacen pensar".

Desde la época precortesiana los mexicanos han acostumbrado estos juegos de niños, esas sentencias que son oráculos de parábola y analogías. Un empujante ambiente, una pregunta ruda y autónoma, un símil de cosa animal, envuelto en una gracia infantil, en un salvaje poesía, son las características de estas ensucianzas, que Sabagún apunta en su *Historia de las cosas de Nueva España*. Ejemplo de ellas es la siguiente:

¿Qué cosa y cosa que va por un valle y

va a caballo palmeada con las manos, como un

mujer que hace pan? —Es la mariposa que v

volando."

La tendencia del mexicano a conservar

analmente sus formas y sus chistes, sus excen

tos en sus ritmos, hace que todavía esas adivinanzas

primitivas sean escuchadas por los

(Para la página 12)